

egoista, un hombre duro, ó un vicioso. Además, hará un cálculo muy sencillo si piensa bien. Dirá: «Si me marcho á pasar la velada fuera de casa, en los sitios públicos, acaso me gastaré el salario de uno ó de dos días; mientras que si me estoy con mis hijos y mis vecinos en casa, oyendo leer un buen libro, solo gastaré la luz y habré economizado mi dinero, enriqueciendo mi inteligencia y mejorando mis costumbres.» ¿No es cierto?

—Muy cierto; y únicamente vos que conocéis el precio del tiempo del trabajador, podiais hacer una reflexion semejante. Por lo tanto, esos libros deberían ser cortos, ¿es verdad?

—Sí, señor; de modo que su lectura completa no durase mas que la luz de una velada, porque los obreros no tienen mas tiempo que el domingo para consagrarse á los libros, y si la historia no estuviese concluida antes de acostarse, el trascurso de la semana la haria olvidar.

El domingo venidero no se sabia dónde se habia quedado, ni se recordarian ya los nombres ni las cosas. Únicamente las personas desocupadas pueden leer obras de muchos volúmenes; tienen su placer por mayor como el tendero sus provisiones. Pero nosotros no lo podemos tomar sino por menor: una onza de sal, una página de sentimiento, una gota de lágrimas. Cuarto por cuarto; así es el pueblo, y hay que tomarlo como Dios lo ha hecho.

XXVII.

Esta conversacion me hizo concebir la idea de un ensayo, para llevar á efecto, aunque sin perfeccion, el programa de aquella interesante jóven, por medio de algunas historietas en prosa y de algunos cantos populares en verso, consagrados á los domingos del pueblo codicioso de lectura, y el cual carece aun de escritores propios.

He vivido durante mucho tiempo en compañía de los campesinos, de los marineros, de los trabajadores, de los buenos y fieles criados que forman parte de nuestras familias: he pasado muchas

horas en las cabañas, en los cuarteles, sobre el puente de los buques, en la orilla de los caminos, en las montañas con los pastores, detras del arado con el trabajador, en los viñedos con los viñadores, hablando íntimamente con todas estas inteligencias candidas, sencillas y buenas, cuyo lenguaje, costumbres y sentimientos, me son mas familiares que los de los salones. Ante mí se han deslizado siete ú ocho vidas oscuras, y aun casi he sido su confidente, llenas de interes de dolores ó de felicidades ocultas, que si fuesen referidas como fueron sentidas, serian poemitas verdaderos del corazón humano. Conozco los lugares, los sucesos y los actores. Procuraré describirlos con la misma sencillez con que me han sido contados. Los publicaré uno á uno en volúmenes sueltos y baratos, sin lujo de papel ni de impresion, para que puedan comprarlos las familias de artesanos mas indigentes.

No los escribiré con pretensiones de estilo, ni esfuerzo de talento, ni espíritu de sistema: solamente la naturaleza, nada mas que la naturaleza, y siempre la naturaleza. Dentro de esta se halla todo el genio para una clase semejante de producciones. El pueblo se inspira con ella mas de cerca que nosotros: y cuando se la encuentre en estos cuadros sin arte, le agradarán y querrá otros. Manos mas libres y mas modernas le darán tantos y mas que apetezca. Habráse hecho el boceto de la literatura popular, que no puede empezar ni concluir sino por obras de sentimiento, pues del mismo modo que las clases literatas de la poblacion son inteligencia, las iliteratas son únicamente sentimiento. Por el sentimiento, pues, hay que elevar al pueblo al gusto y al cultivo de las letras. El evangelio del sentimiento es igual al evangelio de la santidad; debe ser predicado primeramente á los sencillos y en un lenguaje tan tierno como el corazón de un niño.

XXVIII.

El plan que yo trazaba delante de la costurera de Aix, me hizo recordar algunas páginas que tenia escritas de años atras, co-

mo por presentimiento, acerca del modo de concebir y escribir la historia para el pueblo. Busqué aquellas páginas en mi cartera y se las leí. Dicen así:

«Hasta el presente se ha halagado mucho al pueblo, lo cual prueba que no se le estima bastante, pues únicamente se halaga á los que se desea seducir. ¿Por qué se le ha halagado? Porque se ha hecho de él comunmente un instrumento y no un objeto. Se decía: la fuerza está en él: nos es necesario para derribar gobiernos que estorban, ó para absorber nacionalidades que codiciamos; atraigámonos al pueblo, escitando su vanidad y su orgullo; digámosle que el derecho está en el número; que su voluntad equivale á la justicia: que Dios está con las grandes masas de soldados; que la gloria es la amnistia de la historia; que cualquier medio es bueno para hacer triunfar las causas populares, y que hasta los crímenes se borran por la grandeza y la santidad de los resultados; nos creará, nos seguirá, nos prestará su fuerza material; y cuando con el apoyo de sus brazos, de su sangre, y aun de sus crímenes, hayamos derribado la tiranía y trastornado la Europa, despediremos al pueblo, diciéndole por turno: Calla, trabaja y obedece...»

En estos términos se le ha hablado hasta aquí; de esta manera es como se han llevado á la calle los vicios de las cortes, y se ha hecho tomar al pueblo el gusto á la adulacion, y que sienta tanto la necesidad de complacencia y de caricias, que á ejemplo de algunos soberanos del bajo imperio, no permiten ya que se les hable sino de rodillas. Y se debe hablar de pié, de igual á igual, de frente á frente. No vale mas ni menos que los otros elementos de la nacion. El número es lo de menos. Explorad cada uno de por sí á todos los individuos que componen una muchedumbre. ¿Qué encontráis? Las mismas ignorancias, los mismos errores, las mismas pasiones, y á menudo los mismos vicios que en otras partes. ¿Y es este suficiente motivo para arrodillarse? No. Multiplicad cuanto querais todas esas ignorancias, todos esos vicios, todas esas pasiones, todas esas miserias, aunque sea por millones de hombres; no habreis cambiado su naturaleza; no habreis obtenido

mas que una multitud. Prescindamos por lo tanto del número, y respetemos únicamente la verdad.

Al frente de esta, y nada mas, debe uno colocarse cuando quiera escribir la historia para uso del pueblo; sin que haya de temerse por esto el ser menos leído, menos escuchado, y menos popular. Si el pueblo tiene dos gustos depravados, la adulacion y la mentira, tiene de igual suerte dos gustos naturales, la verdad y el valor. Respeta á los que se atreven á arrostrarle; desprecia á los que le temen. Existen fieras que únicamente devoran á los que huyen ó caen delante de ellos. El pueblo se parece al leon, en no permitir que se le acerquen de lado sino de frente, con los ojos fijos en los suyos, puesta la mano en su melena, con esa familiaridad confiada que prueba que uno se entrega, pero que al propio tiempo sabe lo que vale y dice á las mayorias: Multiplicaos cuanto querais; yo me conozco.

Atendido lo cual, ¿qué punto de vista se debe escoger para escribir esta historia popular? Hay tres principales en que uno puede colocarse; el punto de vista de la gloria, el punto de vista del patriotismo, y el punto de vista de la civilizacion ó de la moralidad de los actos que se quieren referir. Si nos colocamos bajo el primero agradamos á una nacion guerrera, que ha sido fascinada mucho antes de ser ilustrada, y á la cual esta fascinacion ha cegado tantas veces sobre el valor de los hombres y de las cosas que brillan en su horizonte. Si nos colocamos bajo el segundo, apasionaremos mucho á un pueblo que tiene para su sublime egoismo, la escusa de su propia salvacion y grandeza, y el cual sintiéndose tan grande y tan fuerte, ha podido creer que él era todo y que la Europa se reasumia en él.

Mas ni uno ni otro de estos puntos de vista ofrecerán la verdad verdadera, quiero decir, la verdad general; no ofrecerán otra cosa que la verdad francesa: y esta no se encuentra mucho mas allá de Paris; en trasponiendo la frontera es mentira. No se halla circunscrita la verdad á los límites de una nacion á la que se ha de consagrar la enseñanza, ó reducir la inteligencia del pueblo. ¿Qué que-

da pues? El punto de vista universal y permanente, es decir, el punto de vista de la moralidad de los actos individuales ó nacionales que se van á describir. Todos los otros están iluminados por una luz falsa y convencional; este solo se halla alumbrado por una luz completa y divina; solo él puede guiar la incertidumbre de los juicios humanos á través del dédalo de las preocupaciones, de las opiniones, de las pasiones, de los egoismos personales y nacionales, y hacer decir al pueblo: esto es bueno, esto es malo, esto es bello. En una palabra, si se quiere formar el juicio de las masas, si se trata de arrancarlas á la inmoral teoría del buen éxito, hágase lo que no se ha hecho hasta ahora: *dése una conciencia á la historia*. Tal es la espresion de la época, tal la obra digna del pueblo, y tal la empresa digna del escritor. Siguiendo esta conducta histórica, quizá se halagará menos inmediatamente á la imaginacion acalorada de las masas; pero se servirá mucho mejor su causa, sus intereses y su razon.

No faltarán en parte alguna estos tres aspectos, el aspecto puramente individual, la gloria; el aspecto exclusivamente nacional, el patriotismo; y por último el aspecto moral, la civilizacion. Mas sujetando el significado de cada uno de los sucesos á la accion de una lógica rigurosa, llegareis siempre y por todas partes á este resultado: que la gloria y aun el patriotismo, separados de la moralidad general del acto, son estériles para la nacion y para el progreso real del género humano; y finalmente, á que no hay gloria contra lo honesto; no hay patriotismo contra la humanidad; no hay victoria contra la justicia.

¡Qué comentario tan hermoso de la Providencia es una historia escrita de esta manera para el uso de las masas! Y al propio tiempo, ¿qué beneficio para el pueblo, y qué garantía de su poder futuro se ponen en su mano con semejante libro! Enseñar al pueblo por los hechos, por los sacrificios, por el sentido oculto de los grandes dramas históricos, en que los hombres solo ven las decoraciones y los actores; pero cuyo plano arregla una mano invisible; enseñándole, digo, á que se conozca, se juzgue, se modere

á sí mismo; hacerle capaz de distinguir á los que le sirven de entre los que le estravian, á los que le fascinan de entre los que le iluminan, hacerle tocar cada hombre, cada gran acontecimiento de su propia historia, y decirle: *Midete á tí mismo*, no con la medida engañosa y falta de tus pasiones del momento, de tus preocupaciones, de tus cóleras, de tu vanidad nacional, de tu patriotismo angosto, sino con la medida verdadera y completa de la conciencia universal del género humano, y de la utilidad del hecho para la civilizacion; persuadirle de que la historia es una marcha á través de los siglos, en que cada nacionalidad tiene su puesto, su papel, su accion divina señalada, en que cada clase social tiene su importancia á los ojos de Dios, de ninguna manera un azar ni una mezcla confusa de hombres y de cosas: enseñar de este modo al pueblo á respetarse á sí mismo, por decirlo así, religiosamente, con conocimiento de causa, para el cumplimiento progresivo de los grandes designios providenciales; en una palabra, crearle un sentido moral y ejercitar este sentido sobre los reinos, sobre todos los grandes hombres, y sobre sí mismo.

No reparo en decir, que esto es dar al pueblo mucho mas que el imperio, mucho mas que el poder, mucho mas que el gobierno; es darle la conciencia, la estimacion y la soberania de sí mismo; es sobreponerle á todos los gobiernos. El dia en que sea efectivamente digno de reinar, reinará. Los gobiernos no son otra cosa, que el molde en que se vacia la estatua del pueblo, el cual toma la forma que conviene á su naturaleza mas ó menos perfeccionada. Así como sea el pueblo, así será el gobierno indudablemente; por lo tanto, cuando un pueblo se queja del suyo, es que no es digno de tener otro. Ya lo decia Tácito en su tiempo, y sigue siendo verdad en nuestros dias.

Sin embargo, un ensayo para popularizar la historia, ha despertado en mi alma una idea que duerme hace diez años, idea cuya realizacion he propuesto sucesivamente á los grandes partidos y al gobierno de mi pais, y que ellos han mirado con indiferencia, porque no era una arma de guerra para combatirse, sino

trumento de mejora y de paz para servir bien á la nacion. Hé aqui la idea: *up sol orno ob nuzipet el app' sol á*, *maivstis el sup sol* *sh* A mí se me ha ocurrido; nuestra libertad de imprenta, nuestro gobierno de discusion y de publicidad, nuestro movimiento industrial, nuestra educacion primaria, sobre todo, establecida en nuestras cuarenta mil municipalidades, esparcen con una profusion creciente la enseñanza elemental en las regiones inferiores de la poblacion; es decir, que todo esto da la facultad, la costumbre y la necesidad de leer á masas considerables del pueblo; pero despues de haberles creado esta necesidad, ¿qué es lo que se les da para que la satisfagan? ¿Qué se escribe para ellos? La educacion de nosotros, hijos del rico, privilegiados del ocio, se continúa sin interrupcion toda nuestra juventud y aun toda nuestra vida. Tras de la enseñanza elemental que recibimos sobre las rodillas de nuestras madres, nos esperan los elogios, de aquí pasamos á los grandes cursos de las universidades; oímos á los profesores célebres que paga el Estado para nosotros en las capitales; ciencias, filosofia, humanidades, política, todo se derrama para nosotros en abundancia; y como si todavía no fuera esto suficiente, se abren para nosotros bibliotecas inagotables; revistas, periódicos innumerables, á los cuales nuestra fortuna permite que nos suscribamos, trabajan para nosotros toda la semana ó toda la noche, para venir á alimentar nuestra inteligencia cada mañana con la flor de todos los conocimientos humanos, y escitar nuestra imaginacion para un trabajo insensible y para una reflexion perpétua. Con un método semejante no muere sino lo que no puede vivir; lo incapaz ó lo indiferente. La vida toda es un estudio hasta la muerte. *es que no es digno de tener otro. Y lo veis fácil en su*

Los hijos del pueblo, por el contrario, no tienen cosa alguna de todo esto. Sin embargo, no les faltan tampoco sus ratos de ociosidad. Los dias de fiesta y de descanso, las veladas de invierno, mientras una enfermedad, las horas perdidas; no hay profesion en que no pueda consagrarse á la lectura una parte del dia ó de la vida. ¡Cuántas horas ociosas pasamos nosotros, quinientos

mil soldados en las guarniciones, vosotros, sesenta mil marineros sobre el puente de los buques, cuando la mar está hermosa y el viento tranquilo! ¡Cuántas vosotros, innumerables trabajadores, que descansáis, si os fatigais de ociosidad cuarenta y ocho horas cada semana! ¡Cuántas para las mujeres, los viejos y los niños, en las casas, y para los pastores en los campos! ¡Y en dónde está el alimento intelectual de toda esta multitud? ¿En dónde el pan moral y de cada dia de las masas? En ninguna parte. Un catecismo ó canciones; tal es su sustento: crímenes espantosos contados en versos atroces, trazados en rasgos horribles y colgados de un clavo sobre los muros de la choza; tal es su biblioteca, su arte y su museo. Para los mas instruidos hay algunos periódicos que solamente tratan de política, los cuales se deslizan de vez en cuando en el taller ó en la taberna de la aldea, á donde llevan los efectos de nuestros combates parlamentarios, algunos nombres de sujetos generalmente odiados, y ciertas popularidades que desvanecen: tal es su educacion cívica. ¿Qué pueblo os prometeis despues de todo esto? *No puedo entenderme en desatrolar ahora*

Ahora bien; yo tenia proyectado llenar esta inmensa laguna en la vida moral ó intelectual de las masas, no solo con libros que se toman y se leen una vez para no volverse á acordar de ellos jamas; sino con el único libro que no se acaba nunca, que se empieza de nuevo todos los dias, que cada uno lee á pesar suyo, por decirlo así, son ese instinto insaciable de curiosidad y de novedad, que es uno de los apetitos naturales del hombre; es decir, con el libro cotidiano, con el periodismo popular; porque el periodismo no es un capricho, es la sucesion de un tiempo marcado hora por hora, sobre la esfera del espíritu humano. *nos en la intencian*

Crear un periódico de las masas, diario, de un tamaño colossal, de un precio de suscripcion que no esciediera de cinco jornales; invitar á todos los hombres que en Francia ó en Europa están á la altura del pensamiento, de la filosofia, de la ciencia, de la literatura, de las artes, y aun de los oficios; y pedir á cada uno de ellos cierto número de artículos sobre cada una de las especiali-

dades en que sobresalen; á este la filosofía moral, á aquel la historia; al uno la ciencia, al otro la poesía; al de mas allá la política; pero solo la política general y en sus principios mas unánimemente admitidos, sin ninguna polémica contra los hombres y los gobiernos; escitarles á que descendan todas las concepciones elevadas de la inteligencia hasta el alcance de los talentos mas medianos, en términos claros, precisos, elementales; á traducirse á sí mismo, por decirlo así, del idioma sábio al idioma vulgar; unir á esta enseñanza elemental sucesiva y variada la relacion de los principales hechos nacionales ó europeos, el acta completa del dia en todo el universo; hacer penetrar de este modo la claridad general por todas las puertas, por todas las ventanas, por todas las rendijas de los techos del pueblo, y hacer participar á estas masas, en su proporcion y sin coste de la actividad de la vida religiosa, filosófica, científica, literaria y política, como participan de la vida física á favor de alimentos menos caros, pero no menos nutritivos: hé aquí mi idea.

No puedo entretenerme en desarrollarla ahora; pero téngase entendido que para llevarla á cabo bastaria con un millon de francos anual. Si, seria lo suficiente que un millon de ciudadanos bien intencionados se suscribieran á este subsidio de las masas por un franco al año solamente, por uno de esos pedazos de plata que se escurren de las manos sin que se les detenga, ó que la distraccion arroja mil veces al año al menor capricho de cada dia, para que esta idea se realizara y la civilizacion descendiese como la nube sobre los lugares mas profundos para derramar por todas partes su lluvia y su rocío. ¡Qué revolucion moral no produciria en diez años en la inteligencia, en las ideas, en las costumbres, en el bienestar de las masas, esa penetracion diaria y universal de la luz en las tinieblas del pensamiento!

Actualmente, las ideas se encuentran á la sombra, y entonces las bañaria el sol; todo fermentaria, todo germinaria, todo fructificaria. No temo afirmar que en pocos años la faz política del pueblo se habria mudado. Pero, se me dirá, ¿y por qué no lo haceis?

Porque no tengo el millon que se necesita; porque no hay en Francia ninguna idea que pese arriba de un escudo. Reunan los buenos ciudadanos un millon y yo me encargo de presentarles los hombres.

Estos últimos serian en el fondo el verdadero poder moral de la nacion, los administradores de la idea pública, el concilio permanente de la civilizacion moderna: ¿no hay aquí algo que escite los sacrificios nobles y ambiciosos? Si, existen hoy en todas partes dos especies de gobiernos, el que administra y el que reina. Este último es el que piensa; superior al primero: pero este gobierno de la idea pública necesita, como el otro, unidad de accion y órganos. El periódico del pueblo, concebido como he espuesto, seria el código del gobierno de la idea; la asociacion constituiria su presupuesto y su ejército; los primeros escritores del siglo serian sus ministros. Cabe en la época actual una cosa mas bella que ser ministro de la Cámara ó de la corona; el ser ministro de la opinion.

XXIX.

—Estas son, Reine, las ideas que yo formaba de la literatura, de la historia, de la poesía, de la filosofía, de la ciencia, del teatro, para uso del pueblo, de mucho tiempo atras. Es necesario ponerla en ejecucion. Nada está demasiado alto, nada es demasiado bello para las masas. Escritores son los que faltan para el pueblo, que no lectores para los escritores. ¡Ah! si yo contara con el talento de algunos escritores de nuestros dias, con su juventud, sus ocios y su pluma, ¡cuánto habia de hacer en este orden de ideas! Existe un mundo nuevo que es preciso descubrir, sin que se vaya como Cristóbal Colon al otro lado de los mares. Este mundo nuevo es la sensibilidad y la razon de las masas! La geografía del universo moral no estará completa hasta que el continente popular sea descubierto, conquistado y poblado de ideas por los navegantes del pensamiento. Ya se le divisa; lo único que falta es abor- darle.

— Es sumamente poético lo que me decís, señor — dijo sonriendo la costurera — y á pesar de esto lo comprendo.

— Dispensad — la repliqué — yo no habria hablado así delante de otra mujer de vuestra clase; pero vos sois tambien poeta; vuestros versos han dado lugar á que me olvide de vuestras tigas. Además, que tampoco es indispensable ser siempre llano para hacerse popular; el pueblo es tambien un gran poeta, porque es el niño aun no destetado de la naturaleza, y esta solamente habla con imágenes, como Dios.

XXX.

Mientras esto acontecia, la brisa del mar se dejaba caer insensiblemente sobre las olas, para ser reemplazada por la brisa de tierra, que empezaba á respirarse á traves de los pinos marítimos de la costa; las ondas se tornaban de color de rosa en su parte superior, como las nieves cuando el último rayo del sol las hiere al retirarse. La noche se nos echaba encima sin que lo hubiéramos notado, tan complacidos como nos hallábamos con aquella modesta jóven. La diligencia de Aix iba á partir; mi mujer abrazó á Reine, como si fuera una conocida suya muy antigua. Ella nos agradeció el recibimiento que la habíamos hecho, sin cumplidos, y marchó contenta de su viaje, asegurándonos que no diria nada á sus vecinas al dia siguiente, por miedo de que se la creyera una *intrigante*. ¡Ah! bastaba ver su tímida y cándida fisonomía para convencerse de lo que ella era: una jóven sencilla, dotada de una imaginacion sensible con un fondo inmenso de bondad.

En aquel mismo instante en que cruzaba el dintel de la puerta del jardin para subir á la diligencia, la llamé y la dije:

— «Reine! si en alguna ocasion escribo una ó dos de esas historietas populares, cuya idea me habeis proporcionado, me permitireis que os dedique la primera ¿es verdad? Vuestro nombre la hará afortunada.»

FIN DEL PREFACIO.

GENOVEVA.

Nuestra imaginacion es el espejo de toda la naturaleza, espejo que llevamos en nosotros mismos y en donde esta se representa. La imaginacion mas bella es el espejo mas claro y mas verdadero, el que alteramos menos con el influjo de nuestras propias invenciones, el que no recibe tantas tintas artificiales y por lo comun falsas de nuestra propia fantasía, á la que llamamos nuestro genio. El genio no crea, copia: Dios se ha reservado en todo la creacion. Homero, la imaginacion mas vasta y mas patética que ha descrito jamas á la naturaleza y hecho palpitar el corazón humano, no fué mas que un copiante perfecto. Los colores que deslie con nuestras lágrimas sobre su paleta, solo son los colores que todos vemos y las lágrimas que vertemos todos. Las ha visto y sentido mejor; en esto consiste su genio. Los poetas, á quienes se culpa de coleccionistas de ficciones, y de recitadores de mentiras, son los mas veraces de todos los hombres. Observan, sienten y escriben; mudan los nombres de sus personajes, en lo que estriba toda su invencion; pero si estos personajes no existieran real-